

Índice

PRÓLOGO

<i>Un fabricante de estados de ánimo, Alfredo Leuco</i>	11
<i>Hoy puede ser un gran día</i>	15

DE LOCUTOR A CONDUCTOR *Mis experiencias en la radio*

1. <i>El porqué de una pasión</i>	21
2. <i>Primeros pasos de un hijo de laburantes</i>	27
3. <i>Dos años arriba del tren</i>	35
4. <i>Mi carrera en las carreras</i>	43
5. <i>La gallina inesperada</i>	49
6. <i>Tres programas y un gallego inolvidable</i>	61
7. <i>Un boliche verdaderamente Bravo</i>	71
8. <i>Cuando Rivadavia era siempre</i>	75
9. <i>Cortinas, mordazas y un paracaidista</i>	89
10. <i>Señoras, señores... y la reina del rock</i>	107
11. <i>Verano, San Pedro, guerra y despedida</i>	113
12. <i>Todos hablan, pero Alfonsín persuade</i>	123
13. <i>Alegrías deportivas y una Pascua peligrosa</i>	131
14. <i>Saliendo del pozo y cayendo en la red</i>	143
15. <i>Orgullo y compromiso</i>	157
16. <i>En zepelín hasta Avellaneda y una llamada fatal</i>	161
17. <i>Navegación Continental</i>	173

FERNANDO BRAVO

LA ATRACCIÓN DE LAS CÁMARAS

Mi paso por la televisión

18. <i>Sentimientos encontrados</i>	181
19. <i>Una campana, un seudónimo y mucha tensión</i>	183
20. <i>De periodista a cómico, entre 20 mujeres</i>	203
21. <i>Periodismo, política y pequeñas miserias</i>	219
22. <i>Cambalache, ópera y hasta la próxima</i>	225

EPÍLOGO

<i>Consideraciones personales sobre el oficio radial</i>	241
<i>Compartir un entusiasmo</i>	243

A mis viejos, Aída y Armando, que me dejaron volar.

A Andrea, la mujer de mi vida.

A mis hijos, Naty, Luli y Nani.

A mi nieto, Santiago Noriega.

*Y a todos los que en estos cuarenta años
me ayudaron a construir esta historia.*



PRÓLOGO

Un fabricante de estados de ánimo

Por Alfredo Leuco

Alguien que hizo feliz a River y a Boca (el equipo de Fernando y el mío, respectivamente) como don Adolfo Pedernera decía que para armar un gran equipo de fútbol había que buscar primero grandes personas y después grandes jugadores. Fernando Bravo entendió eso para sí mismo y para la gente que eligió para rodearse. Es un excelente profesional, al punto de decir que para mí es la radio misma y, a esta altura, comparte el olimpo de los héroes de la mitología con sus admirados Cacho Fontana y Antonio Carrizo. Pero, detrás o delante de ese maestro de ceremonias del micrófono, está ese buen tipo que llegó desde San Pedro. Siempre cuento que, cuando pasé del periodismo gráfico a la radio, algunos colegas que habían hecho antes el mismo camino me aconsejaron: “Tené cuidado con los codazos”. Se referían a esa hoguera de vanidades que suele encimar voces que pelean para ver quién dice primero. Con Fernando Bravo me ocurrió todo lo contrario. Me dijo que la radio era un aeropuerto y que cada uno de nosotros tenía su propio avioncito para volar. Y me dejó volar con toda libertad. Jamás me palpó de ideas o intentó deslucir mi trabajo. Todo lo contrario. Fernando es un experto en colocar los cimientos de un programa de radio. Sabe construirlo con solidez desde el origen. Por eso sus programas y sus equipos duran tanto, se llevan tan bien y se convierten en pasión de multitudes. Pero si algo sabe por encima de todo es sacarle a cada uno lo mejor que tiene para dar. He visto cómo convirtió algunas piedras en diamantes. Cómo supo encontrar el

mayor mérito de periodistas, productores o humoristas y convertirlos en poco menos que estrellas. Fernando sabe lo que quiere. En la radio y en la vida. Y sabe cómo concretarlo. Es una suerte de Javier Mascherano que tiene toda la cancha en la cabeza, que puede jugar en todos los puestos pero nunca pierde su condición de estratega. Tiene un humor que lo hizo famoso. Hay un estilo, un género braviano del chiste que explota al instante en el juego inocente de las palabras y en el pique corto. Y es el hombre de los medios que más supo emocionar y emocionarse. Si la materia prima del periodista es la información, la de Fernando, un conductor en todo el sentido de la palabra, es encontrar los climas necesarios para la felicidad de la carcajada o para la conmoción de las lágrimas. Nunca con el golpe bajo. Siempre con la palabra justa. Es un fabricante de estados de ánimo. Un mago que saca momentos de radio en estado puro de su galera.

En los últimos años, tomó una decisión corajuda. “No me quiero llevar nada a mi casa”, dijo un día y pasó a opinar con sentido común y con intenciones de ayudar a la comunidad pero con una contundencia que muchas veces mete miedo. Tiene honestidad intelectual y una capacidad inmensa de reírse de sí mismo. A todos los partidos que juega en su vida, va con su familia. La lleva puesta en sus entrañas. “Saber perder es la clave, que ganar cualquiera sabe”, dice y explica que es una de las enseñanzas campechanas y transparentes que le dejó Armando, su viejo. Cada vez que comete un furcio, siente que todo el mundo está diciendo que es un boludo, menos su madre Aída, que se lamenta donde esté: “Pobre nene”. A la Andrea de sus amores, el día de su casamiento, a dúo con Jaime Ross, le dijo todo cuando afirmó “que me voy a morir, amándote, amándote”. Te deja sin aliento cuando se le infla el pecho y habla de sus hijos y, ahora, de su nieto Santiaguito. Se enciende cuando le dice “abu”. Da la vida por el pibe y por sus padres, por Natalia y Adrián, que lo parieron abuelo. Admira la belleza y la lucidez de Lucía con música de Serrat y siente que Nani es la continuidad del apellido, la herencia de los genes. Tienen el mismo amor, la misma chispa. Son tal

MI DOMICILIO ES EL AIRE

para cual. “Hacer un ADN sería tirar la plata”, dijo su hijo una noche en la que compartimos la felicidad alrededor de la mesa. La misma felicidad que hoy tengo de sentarme alrededor de este libro que es una fiesta, un testimonio y una necesidad para todos los que amamos la radio y la tele. Gracias por todo, Fernando. Tengo una deuda eterna con vos.



Hoy puede ser un gran día

El despertador radial suena, como siempre, a las 6.50 AM. Mientras me desperezo, voy entrando en el día a través del oído: la voz de Magdalena comienza a entregarme las noticias de la mañana. Me gusta escuchar la radio en la que estoy trabajando, por solidaridad y gratitud hacia quienes me dan de comer, pero también para saber los temas que está abordando el medio en el que en pocas horas más tendré que salir al aire. Es decir, como siempre, desde el primer momento del día, estoy trabajando.

Me ducho, para eliminar los últimos rastros del sueño y, sin darme cuenta, estoy silbando el tema del querido Joan Manuel Serrat: “Hoy puede ser un gran día...”.

Es que hay algo, un no sé qué en el sol, en el aire, en el bombeo de mi propia sangre que me trae esa convicción con la que uno a veces se levanta: no importa cómo, pero hoy todo será redondo, crocante como un buen pan.

Al filo de las 8, el magnífico desayuno que hoy preparó Andrea, mi mujer (cada día lo hace el que se levanta con menos fiaca), me instala de lleno en la realidad.

Ya completamente despierto, encaro la lectura de los diarios, dos en papel y el resto por internet. Y, más allá de lo que me llega desde el mundo, me siento bien: centrado, contento, con ganas.

Con el “disco rígido” convenientemente recargado, me dedico a escuchar y seleccionar la música para el programa. Me vienen a la memoria los nombres de grandes pasadores

de discos por radio, como Miguel Ángel Merellano, Raúl Calviño y Enrique Alejandro Mancini. Y, mientras me ganan el afecto y la nostalgia por esos grandes profesionales, me digo que gracias a ellos nunca puse en el aire un disco que no haya escuchado con anterioridad. Me dedico con minucioso placer a elegir cada uno de los temas que vestirán el programa de hoy. Cuando termino de seleccionar el material, tengo la sensación de que no puede ser mejor: entre los temas, por supuesto, está el del Nano, que me persigue amablemente desde la ducha con su optimismo lleno de lucidez.

Hago una última revisión de los portales de noticias para saber cómo ha progresado la mañana y qué temas se destacan. Termino de preparar mis cosas y, entonces sí, pongo rumbo a la radio: durante el viaje en auto de casi una hora, aprovecho para chequear distintas emisoras y saber cuáles son los temas más destacados. El panorama del mediodía en mi radio es un escalón imposible de sortear. Como también es difícil hacerle una verónica al cafecito del gallego de la esquina antes de llegar a la radio. Y allí se produce, entonces, la última escala.

Entro por fin en el edificio de Rivadavia 835 donde me reciben, como siempre, las sonrisas de las recepcionistas. El ascensor me deja en el tercer piso. Paso por el informativo para chacotear un rato con los muchachos del departamento —el infaltable cruce con Luis Dell’Aqua y con Armando Sepúlveda—, como un modo de ir entrando en clima de laburo.

Y, finalmente, me encuentro con el equipo con el que cada día tratamos de hacer de *Bravo Continental* un buen programa: el “Chaucha” Bianco, Pato, Nico, Gastón, Lapo y mis compañeros de aire, que se van sumando: Alfredo Leuco, Omar Lavieri, Román Iucht, Ale Peñalva, Andrea Estévez Mirson... y Angelito Intrieri, un “todo terreno” a quien conozco desde hace casi cuarenta años, cuando en esa misma radio hacíamos *Alta tensión* y pasábamos cinco horas del sábado divirtiéndonos junto al “gallego” Víctor Sueiro y Carlitos Fuentes, el operador... Cómo pasa el tiempo, ¿no?

Vuelvo al aquí, al ahora de este día. Y participo como todos los días de la reunión de producción: nada solemne, más

bien un cambio de opiniones sobre la selección de notas y entrevistados, mezcladas con chicanas futboleras e intercambios de chismes sobre políticos, artistas y otras especies.

Mientras repaso la grilla de los programas que me antecedieron en el día, para no repetir entrevistados o para enriquecer un tema si, pasado el mediodía, sigue vigente, los demás me miran como si notaran en mí algo distinto. Alguien me pregunta si acabo de ganar la lotería, y yo lo miro como si no entendiera. Pero en el fondo sé que los demás están percibiendo esa sensación de bienestar a la que hoy nada parece hacer mella. Y que recién ahora, con ellos, con los compañeros con los cuales cuarenta y cinco minutos antes de ir al aire ya comenzamos a hacer el programa, termino de comprender del todo.

Para el momento en el cual, definido el sumario, Omar Lavieri me recuerda que es la hora 12.58 y hay que ir al estudio para empezar el programa, tengo en claro lo que me pasa.

“Aquí esta, aquí llegó...”, suena la cortina que desde hace años identifica el comienzo de todos mis programas. La suerte está echada. Me acomodo los auriculares, desparramo mis papeles, ordeno las ideas y, como decía Tato Borel al inicio de sus célebres monólogos, sé que llegó la hora de laburar. Aunque en verdad haya empezado, como cada día, cuando sonó el despertador, a eso de las 7 menos diez.

Un instante antes de decir al aire la primera palabra, una certeza se impone en mi cabeza: me siento bien porque tengo el raro privilegio de hacer lo que más me gusta.

Les pido que me acompañen. Voy a hacer memoria y a tratar de explicarme y explicarles cómo he llegado hasta este presente. En ese recorrido, será inevitable evocar otros tiempos, a grandes maestros, a inolvidables amigos y colegas. E intentar reflexionar, modestamente, sobre una profesión a la que he dedicado casi toda mi vida.